

I

La vida de un periodista del pueblo está siempre salpicada de cosas trascendentes. No hay tiempo ni lugar para pensar en sí mismo. Es una entrega total y definitiva a la existencia que bulle y se agita a su alrededor. No puede haber espacio para lo que no sea la palpación afiebrada —que no admite espera— de los hombres en pugna perenne por un mejor vivir, por la quiebra de los grilletes que le estorban el paso alígero hacia senderos de elevada transmutación redentista. En el constante, ininterrumpido bregar de una Redacción, en ese flujo y reflujo agitado de hombres y de cosas, el pensamiento, como dardo acerado, se clava en el blanco de la distante lejanía, pasa revista en disparado tránsito a hechos y acontecimientos, vinculando sus íntimas y conexas relaciones. Todo ello irá después al hombre y la mujer, a la masa anhelosa de nutrición saber, en un estrecho sístole y diástole de mutuas enseñanzas.

En esa Redacción, donde pertenecer es honroso timbre de privilegio, tuve la emoción inolvidable de conocer al Buen Borincano. Venía de New York, la Babel de Yanquilandia, con los ojos encendidos de profunda inquietud. En su mirada se advertía la honda huella de una inextinguible llamarada de tragedia sin dimensión. En el rostro se reflejaba, con precisos contornos, la sombría nube de la pesadumbre, de un hondo dolor largamente contenido. Llevaba aún a flor de labios la amarga coyunda del desterrado, la sed inextinguible del patriota proscrito por los esclavizadores de su entrañable Borinquen. Lentamente, con voz pausada, entrecortada por los recuerdos punzantes como darnos de fuego, me relató su historia, la noble y hermosa Historia de su existencia. Yo la relato ahora con muchos e inéditos episodios que manos amigas pusieron en mis manos sin que él lo supiera.

El Buen Borincano abrió sus ojos en Ciales, atalaya de montañas retadoras. Tras de los juegos de la infancia, en las veladas familiares, fué sabiendo que había nacido en país esclavizado, en cuyas escuelas estaba ausente la enseñanza de la Historia patria. Supo de labios de su padre y los viejos patriotas, que Puerto Rico había tenido épocas de orgullosas jornadas por la libertad. Que en el lejano 1868 los mambises se alzaron en la tierra legendaria de Lares para conquistar a filo de machete la independencia, frustrada en la derrota de El Pepino. Aprendió entonces que Puerto Rico había dado a la vida hombres insignes e iluminados de titánica talla: Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances, eternos peregrinos de la Libertad. Supo de la heroica muerte de El Leñero, Capitán de Lares, mártir de la liberación nacional.

II

Desde entonces al Buen Borincano se le clavó en el pecho, muy adentro, una inquietud que nada ni nadie sería capaz de extinguir... La primera lección de patriotismo y dignidad había encendido la llama inapagable del anhelo redentista. Y cuando adolescente, en el instante que el hombre nace al mundo con impulsos risueños, el Buen Borincano no podía reír agobiado por el dolor de un hombre sin patria.

El alba de la vida le sorprendió en la árida brega por la libertad. Cuánta extrañeza hu-



Juan Antonio Corretjer

bo de despertar a todos aquel muchacho, a quien apenas despuntaba el bozo, inclinado largas horas sobre abultados libros, ensimismado en profundas meditaciones, en soliloquios febriles. Dialogaba con Hostos en la *Peregrinación a Boayoán*, y con Betances a través de los senderos de su prosa candente, áspera y aguda como hoja de acero; y también con José Martí, el guiador profético, artífice burilador de los *Versos Sencillos*, carne palpitadora de su tierra guajira. Aprendió con Antonio Maceo que "los derechos no se mendigan: se conquistan con el filo del machete"... Y con Martí, a conocer el pleno sacrificio personal para ofrendarse en plenitud a su pueblo. Hostos le templó el ánimo en la apostura ejemplarizadora del incesante batallar, sin aspirar a mayor recompensa que el recuerdo perennemente agradecido de los hombres del pueblo. Asimiló del jíbaro la entereza en el sufrir intenso de la adversidad, la sobriedad y sencillez de la palabra y el juicio profundo, sin adornos equívocos.

Con el rico bagaje se fué por los caminos de Borinquen a decir los anhelos de la patria oprimida, del hombre atado a la cadena del suplicio, sin horizontes de justicia. Armado caballero andante del patriotismo, estuvo desafiando entuertos, enfrentado a los poderosos molinos de viento del imperialismo yanqui. La treintena novecentista le encuentra en la tarea ardorosa de reclamar la Independencia para su Borinquen. Eran los tiempos trágicos y sombríos de la gobernación del General Winship, señor de horca y cuchillo. A la solicitud patriota borincana respondió el Mayoral yanqui segando a tiros de ametralladora las vidas florecientes de los mártires libertarios. Fué un vendaval de muerte y espanto que enrojeció las calles y plazas de Borinquen. Acusado de conspirador —¡grande crimen el de luchar por la libertad!— el Buen Borincano fué sepultado en la mazmorra de Atlanta como preso de común delito, acompañado por los derelictus que

Adiós al Buen Borincano

Por Sergio P. ALPIZAR

(En el Rep. Amer.)

arroja la pleamar del capitalismo norteamericano.

En aquella ergástula sufrió afrentosos vejámenes, trabajos de forzado, capaces de aniquilar a un hombre en corto tiempo. Aunque no sin quebranto, la espléndida constitución montañesa del Buen Borincano le salvó de la ruina definitiva, tal como maliciarán sus verdugos. Cierta día le sacaron de la prisión, pero ahí no terminaban los suplicios. Una tortura moral, aún mayor si cabe, se le imponía. Tendría que residir forzosamente en New York para cumplir el resto de la condena de siete años, estrechamente vigilado como criminal peligroso. Pero así como antes en el encierro no pudieron doblegar su recio temple los afrentosos tratamientos, ahora tampoco pudieron hacerlo. No claudicó un instante —pese a tentadores ofrecimientos de soborno; no arrió el estandarte independentista en sus manos sin temblores cobardes, sino que lo alzó aún más tremolante y señero, batiéndose de nuevo, como ayer, con los poderosos molinos de viento de la ficción democrática norteamericana.

III

Desde las páginas valientes de *Pueblos Hispánicos* reemprendió la batalla inconclusa por la tormenta del 36. Ya entonces una nueva y fúlgida conciencia se había hecho carne en su existencia. En las interminables y desveladas noches de Atlanta pasó acuciosa revista a los acontecimientos pasados y encontró fallos sensibles y negativos procederes. No le invadió el pesimismo derrotista, no se dejó atrapar por las malas del desgano y la desilusión. Tuvo presente en las pupilas la imagen de Hostos predicando su apostolado hasta la misma hora de la muerte en tierra extraña, y la de Betances, llamando a la pelea con el último aliento del estertor agónico.

Los hombres hacen la Historia, pero esta Historia puede ser varia y distinta de acuerdo con el enfoque con que sea dirigida... El impulso Nacionalista había sido gallardo empuje y viril apostura, pero no era este el salvador camino que exigía la salvación puertorriqueña. Ni el personalismo egotista trasnochado, ni las actitudes sectarias excluyentes podrían constituir el sendero de triunfo. El Buen Borincano supo de Marx y Lenin que el proletariado, unido al campesino, era la fuerza motriz y dinámica capaz de mover hacia adelante el motor de la Historia. Aprendió que los movimientos populares tienen su instante de flujo y reflujo, de avance y retroceso, y que, a veces, por un paso adelante hay que dar dos hacia atrás. Esta batalla urgía guías de pulso firme y nervios acerados, timoneles resueltos y sapientes que llevaran hacia puerto abrigado, sin estrellarlo sobre arrecifes y escolleras, la nave popular. Así supieron hacerla Lenin y Stalin en la creación del gran Estado Socialista, donde está ausente la explotación del hombre por el hombre, donde los medios de producción corresponden a la colectividad en progreso creciente, liberada de los zánganos capitalistas que estorban el trabajo creador de la colmena proletaria.

Con un nuevo horizonte de plenitud marxista, el Buen Borincano reemprendió las sen-